

» á mi soledad, con tal de que reine la tranquilidad en la Iglesia de  
» Dios: ruégoo únicamente que auneis vuestros esfuerzos para que  
» la sede de Constantinopla sea ocupada por un varon lleno de virtu-  
» des y celoso en la defensa de la fe <sup>1</sup>. »

Despues de haber dado en estos términos su dimision, salió el Santo de la asamblea, y dirigióse al palacio; llegado allí, se arrojó á los piés del emperador Teodosio, y besándole la mano, le dijo: « Vengo, se-  
» ñor, no para pedir riquezas y honores para mí ni para mis amigos,  
» ni para solicitar vuestra liberalidad para con las iglesias; vengo,  
» sí, á pedir permiso para retirarme. V. M. no ignora que fuí elevado  
» contra mi voluntad á la sede de esta ciudad, y desde entonces me  
» he hecho odioso hasta para mis amigos, porque solo miro los inte-  
» reses del cielo. Suplícoos, señor, que hagais aceptar mi dimision,  
» con lo que á la gloria de vuestras victorias añadiréis la de restable-  
» cer en la Iglesia la paz y la concordia. »

Admirado el Emperador por tanta grandeza de alma, á duras penas accedió á lo que el santo Obispo le pedia con tan fervientes instancias. Gregorio se despidió pronunciando un bello discurso en la gran basilica de Constantinopla, en presencia de los Padres del concilio y de una numerosa multitud de pueblo <sup>2</sup>, terminándolo con un adios á su querida iglesia metropolitana, á las demás iglesias de la ciudad, á los santos Apóstoles que se veneraban en ellas; despidióse tambien de su trono episcopal, de su clero, de los monjes y de todos los servidores de Dios, del Emperador y de toda la corte de Oriente y de Occidente, de los Ángeles tutelares de su iglesia, y de la santísima Trinidad que en la misma se honraba. « Hijos míos muy queri-  
» dos, añadió, guardad el depósito de la fe, y recordad las piedras  
» que me han sido arrojadas porque trabajaba en introducir en vues-  
» tros corazones la buena doctrina. »

Los fieles, inconsolables, le siguieron llorando y rogándole que no les abandonase; mas motivos imperiosos le obligaron á llevar á cabo su resolucion: retiróse, pues, á la soledad de Arianzo, donde pasó el resto de sus dias, que no fueron muy largos, pues contaba ya muchos años y numerosos achaques. En su soledad habia un jardin, una fuente y un bosquecillo que le hacian disfrutar de los inocentes placeres del campo: allí practicaba toda clase de mortificaciones corporales; ayunaba y velaba con frecuencia; rezaba mucho de rodillas; jamás encendia fuego; no usaba calzado; una sencilla túnica componia todo su vestido; acostábase en la paja, y un saco era su único abrigo <sup>3</sup>.

En medio de tan duras austeridades, aquel grande hombre com-

<sup>1</sup> Carm. 1.

<sup>2</sup> Orat. XXXII.

<sup>3</sup> Carm. 5 et 60.

puso algunos poemas refutando á los herejes Apolinarios; tales fueron sus ocupaciones hasta su bienaventurada muerte acontecida en el año 389 <sup>4</sup>.

Hablemos ahora de san Basilio, nuevo atleta enviado por Dios, al mismo tiempo que Gregorio, para el socorro de la Iglesia.

Seríamos indudablemente dignos de censura si separásemos en nuestra relacion á los dos célebres varones, á quienes unió en la tierra una estrecha amistad, y á quienes corona la misma gloria en el cielo. San Basilio, apellidado *el Grande* á causa de su elocuencia, de su saber y de su genio, nació en Cesarea en el año 329; con la leche nutrióse ya de la piedad hereditaria en su noble familia, y respecto de la ciencia fué á buscarla cerca de los mas hábiles maestros de Constantinopla y de Atenas. En breve sobresalió en la filosofía, en la poesía, en la elocuencia sobre todo, y en todas las partes de la literatura; poseia con tal superioridad el arte de encadenar las consecuencias con los principios, que era imposible resistir á la fuerza de sus argumentos, tan bien ligados y concluyentes que habria dado mas trabajo el destruirlos que salir de un laberinto. Basilio era mirado en Atenas como un oráculo á quien debia consultarse sobre todas las ciencias divinas y humanas, y si bien los estudiantes y maestros de aquella sábia ciudad, llenos de veneracion por su extraordinario mérito, emplearon toda clase de medios para que se fijase entre ellos, no pudieron conseguirlo; pues Basilio creia deber á su patria el talento que Dios le habia dado.

De regreso á su país, abogó en algunas causas con brillante resultado, y luego, deseoso de adquirir virtudes mas sólidas, se retiró al desierto, donde escribió sus *Constituciones monásticas*, obra que, digna en un todo del genio y de la virtud de su autor, ha servido de norma á los varios fundadores de las congregaciones religiosas, y colocado á

<sup>4</sup> Las obras de san Gregorio se componen:

1º. De *Discursos* en número de cincuenta: algunos tratan de los misterios de la fe y de varios puntos de la moral cristiana; la mayor parte tienen por objeto defender la doctrina de la Iglesia contra los ataques de los herejes; otros son panegíricos pronunciados en honor de diferentes Mártires el dia de su fiesta; compuso tambien el elogio de san Basilio, su ilustre amigo;

2º. De *Epístolas* en número de doscientas treinta y siete; la mayor parte son muy interesantes, y nos revelan detalladamente el corazon de aquel grande hombre;

3º. De poemas y bellas poesias en número considerable.

Segun algunos autores, san Gregorio es el mas eminente de los oradores, así sagrados como profanos; el santo Padre que nos ocupa, siempre concibió las cosas con nobleza, y expresólas con una delicadeza y elegancia inimitables. Vivo, ardiente, florido, majestuoso, su estilo encierra infinitas bellezas incapaces de ser trasladadas á otro idioma. Sus versos, dignos en un todo de sus discursos, merecerian, con preferencia á los de Virgilio, de Homero ó de Horacio, ser los libros clásicos de nuestras escuelas. Las obras de san Gregorio han sido publicadas en 2 tomos en folio. París, 1630.



san Basilio entre los patriarcas de las Órdenes religiosas. Como es sabido, estos patriarcas son en número de cuatro; dos por el Oriente y el Mediodía, san Basilio y san Agustín, y dos por el Poniente y el Norte, san Benito y san Francisco de Asís<sup>1</sup>.

En su desierto fundó Basilio varios monasterios, tanto para hombres como para mujeres, y aun durante su episcopado conservó una inspeccion general sobre dichas comunidades. Despues de haber poblado la soledad de una multitud de ángeles visibles, y realizado con esto la expiacion de los innumerables crímenes que llevaban consigo la herejía de Arrio y el Gentilismo resucitado por Juliano el Apóstata, Basilio fué á tomar parte en la gran lucha trabada por el infierno contra la Iglesia.

En el año 370 fué elevado á la sede arzobispal de Cesarea, nombramiento que llenó de gozo á los Católicos, que presentian las victorias que reportaria Basilio sobre la herejía; el elocuente Arzobispo empezó por alimentar á sus ovejas del pan de su poderosa palabra; predicaba mañana y tarde, aun los dias en que los fieles se ocupan en sus ordinarios trabajos, y su auditorio era tan numeroso, que él mismo le da el nombre de *mar*<sup>2</sup>. Estableció en Cesarea diferentes prácticas devotas que habia visto observar en Egipto, en Siria y en otros países, especialmente la de reunirse por la mañana en la iglesia para hacer la oracion en comun. El pueblo comulgaba los domingos, los miércoles, los viernes, los sábados, y todas las fiestas de los Mártires<sup>3</sup>.

Su ardiente celo por la conservacion de la fe no le hacia olvidar á las ovejas descarriadas en los senderos de la herejía, cuya conversion pedia diariamente con fervientes oraciones y continuas lágrimas. Nada prueba mas la fuerza y la actividad de su celo que la victoria que reportó sobre el emperador Valente

El Príncipe arriano, viendo que Basilio era como una torre inexpugnable, y que contra él nada podian los esfuerzos de la herejía, resolvió emplear contra él medidas de rigor, enviando á Modesto, prefecto de Oriente, con orden de obligar á Basilio á entrar en la comunion de los Arrianos, valiéndose de amenazas ó de promesas, segun lo creyese mas conveniente. Sentado el Prefecto en su tribunal, y rodeado de sus lictores armados con sus haces, mandó comparecer al Arzobispo, el cual lo verificó con firme y tranquilo continente; en un principio usó Modesto de palabras halagüeñas, pero como no produjesen resultado alguno, tomó un aire amenazador, y le dijo con airado tono: « ¿ Acaso pensais, Basilio, poderos oponer

<sup>1</sup> Helyot, t. I.

<sup>2</sup> Hexaem. homil. II et III.

<sup>3</sup> Epist. CCLXXXIX.

» á tan grande Emperador, cuyas órdenes todo el mundo obedece?  
» ¿ Acaso no temeis sentir los efectos del poder de que nos hallamos  
» armados?

BASILIO. » ¿ Hasta dónde se extiende vuestro poder?

MODESTO. » Hasta á confiscar tus bienes, á desterrarte, á atornentarte, á condenarte á muerte.

BASILIO. » Amenazadme con otras cosas, pues nada de lo que habeis dicho me ha causado impresion alguna.

MODESTO. » ¿ Qué decís?

BASILIO. » Digo que el que nada tiene, está al abrigo de la confiscacion; solo poseo algunos libros y los andrajos que visto, y no creo que tengais deseos de quitármelos.

MODESTO. » ¿ Y el destierro?

BASILIO. » Dificil os fuera condenarme á él, pues toda la tierra es para mí un destierro; solo el cielo es mi patria.

MODESTO. » Pues bien, temed los tormentos.

BASILIO. » Poco los temo; mi cuerpo se halla en tal estado de flaqueza y de debilidad, que no podrá sufrirlos mucho tiempo; el primer golpe terminará mi vida y mis penas.

MODESTO. » ¿ Y la muerte?

BASILIO. » Menos la temo aun; la muerte es para mí un favor, puesto que debe reunirme con el Dios por quien solo vivo.

MODESTO. » Nadie me ha hablado jamás de esta manera.

BASILIO. » Será sin duda efecto de que jamás habréis hablado con obispo alguno.

MODESTO. » Os concedo hasta mañana para meditar sobre lo que de vos exijo.

BASILIO. » Es inútil tal dilacion; mañana será lo mismo que hoy<sup>4</sup>.

Desconcertado el Prefecto, marchó al encuentro del Emperador, y le dijo: « Hemos sido vencidos; aquel hombre es superior á todas las amenazas. » Esta derrota hizo que Valente dejase por algun tiempo de mortificar á Basilio; mas tarde quiso firmar contra el Santo una sentencia de destierro, pero tres veces se rompió entre sus dedos la caña que se usaba entonces para escribir; aterrizado el Príncipe rasgó el papel, y no inquietó mas al santo Arzobispo.

El valeroso atleta vió llegar el momento en que debian ser premiadas todas sus fatigas, y murió el dia 1º de enero del año 379, despues de exclamar: « Señor, en vuestras manos entrego mi alma; » cuando contaba cincuenta y un años de edad.

El santo varon tenia tal amor por la pobreza, que no dejó ni siquiera de qué le labrasen un sepulcro de piedra; pero sus dioce-

<sup>4</sup> S. Greg. Nyssen. in *Eunom.* lib. I, pág. 313.



sanos, no contentos con elevarle en sus corazones un duradero monumento, honraron su memoria con magníficos funerales; el llanto y los sollozos acallaban el canto de los Salmos; los gentiles y los Judíos unian sus lágrimas á las de los Cristianos; todos deploraban la muerte de Basilio, á quien miraban como á un padre comun, y como el mas célebre doctor del mundo <sup>4</sup>.

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á tantos sabios doctores para confundir la herejía y defender nuestra fe; hacednos la gracia de imitar el desprendimiento, la mortificación y el amor de la oracion de san Gregorio y de san Basilio, la fe de san Hilario, y la caridad de san Martin.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, solo tendré amigos virtuosos.

<sup>4</sup> Las obras de san Basilio son:

- 1º. El *Hexaemeron*, ó explicacion de la obra de los seis dias, en nueve homilias. Este libro es una obra maestra, en la que campean la ciencia, el buen decir, los grandes rasgos del genio y la piedad de un Santo. Por no haber podido concluirlo el Santo, hizolo su hermano, san Gregorio de Nisa; consta que así los sabios como el pueblo acudian en tropel para oír explicar al gran Doctor las maravillas de la creacion; los mas ignorantes le comprendian, los mas sabios le admiraban. (San Gregorio de Nisa, *Hexaem.* pág. 3.)
- 2º. *Ocho homilias* sobre los Salmos;
- 3º. *Cinco libros contra Eunomio*. Esta obra, refutacion del Arrianismo, fué escrita contra la apología que hizo Eunomio de la misma herejía;
- 4º. *Veinte y cuatro homilias sobre la moral*, y las fiestas de los Mártires;
- 5º. Los *Ascéticos*, obra destinada á dar reglas á la milicia sagrada, es decir, que trata de la guerra que debemos sostener contra los enemigos de nuestra salvacion;
- 6º. El *Libro del Espíritu Santo*, en el cual se establece la divinidad de la tercera Persona de la santísima Trinidad;
- 7º. *Epístolas*, verdaderos modelos de estilo epistolar en número de trescientas treinta y seis.

Todos los elogios dados anteriormente al estilo, saber y elocuencia de san Gregorio Nazianceno, son debidos á su ilustre amigo.

Actualmente se publica en París una magnífica edicion de las obras de san Basilio, bajo la direccion de los hermanos Gaume, libreros.

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV Y V.)

La Iglesia consolada: san Hilarion; — atacada: herejía de los Macedonios; — defendida: concilio general de Constantinopla, san Ambrosio, san Agustin.

La division y la inconstancia son propiedades del error; así es que de la secta arriana nacieron otras muchas herejías, y luego cismas y funestas disensiones; pero mientras los Doctores de la Iglesia atacaban el error con sus discursos y sus obras, unos, mas que hombres, ángeles de paz, víctimas de expiacion, oraban en el desierto, y se entregaban á todas las austeridades de la penitencia, á fin de obtener la victoria para sus hermanos, y de reparar los escándalos é innumerables desórdenes causados por el cisma y la herejía. Abandonemos, pues, el campo de batalla donde combaten tan ilustres Padres, como san Cirilo <sup>4</sup>, patriarca de Jerusalem, Lactancio, san Efren, diácono de Edesa, san Eusebio de Verceil, san Paciano, obispo de Barcelona <sup>2</sup>, y otros muchos mas que no nos permite el tiempo nombrar, y dirijamos nuestros pasos hácia los climas de Oriente, donde hemos ya admirado tan grandes maravillas; ved en el fondo del desierto aquella choza aislada; es la de san Hilarion.

Hilarion, el héroe de la penitencia, nació en la pequeña ciudad de Tabatha en Palestina, de padres gentiles; enviado muy jóven á Ale-

<sup>4</sup> San Cirilo nos ha legado unas excelentes instrucciones para los catecúmenos, ya para antes, ya para despues del Bautismo; las primeras llevan sencillamente el nombre de *Catequeses*, y son en número de diez y ocho; en ellas se encuentran los mas interesantes detalles sobre la excelencia del Bautismo, el Símbolo, la señal de la cruz, la virginidad, el ayuno, la oracion, la disciplina del secreto, ó la obligacion de no revelar á los profanos nuestros santos misterios. Las segundas se titulan *Catequeses mistagógicas*, es decir, que introducen en el secreto de los misterios; son en número de cinco, y fueron predicadas en Jerusalem durante la semana de Pascua, despues del Bautismo de los catecúmenos; las otras habian sido predicadas durante la Cuaresma del mismo año 347. En las *Catequeses mistagógicas* el Santo se propone principalmente explicar la naturaleza y efectos del Bautismo, de la Confirmacion y de la Encaristia, que en aquel tiempo se recibian en un mismo dia. La quinta es sumamente interesante, en cuanto contiene la liturgia tal como estaba en uso en tiempo de san Cirilo, y nos enseña el modo como comulgaban los Cristianos. Grandcolas, doctor en teología de la facultad de París, ha publicado una traduccion francesa de las *Catequeses*, París, 1715, en 4º.

<sup>2</sup> En una de sus epístolas á *Simfronio* contra las herejías, dice estas hermosas palabras: « Cristiano es mi nombre; Católico mi sobrenombre; el uno me distingue, el otro me designa. »